

Conductismo y Filosofía

(Behaviorism and Philosophy)

Alejandro Tomasini

Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM.

RESUMEN

Se destacan las virtudes de la psicología conductista a la luz de la filosofía del lenguaje y de la filosofía de la ciencia.

Palabras clave: Conductismo, filosofía del lenguaje, filosofía de la ciencia.

ABSTRACT

Positive features of behavioristic psychology are emphasized from the viewpoint of the philosophy of language and philosophy of science.

Keywords: Behaviorism, philosophy of language, philosophy of science.

Pienso que no es exagerado afirmar que una de las escuelas o corrientes de pensamiento que más ha sido criticada e inclusive vilipendiada a lo largo del siglo es el conductismo. Tal vez ello se deba parcialmente a imprecisiones de formulación y exposición por parte de sus defensores y parcialmente también a incomprensiones por parte de sus adversarios, pero es innegable que las reacciones suscitadas se deben también, en alguna medida, a auténticos conflictos de intuiciones y a genuinos desacuerdos conceptuales y teóricos, los cuales apuntan a problemas que no es posible ignorar o minimizar. En este trabajo, me propongo considerar, de modo somero, algunos temas de interés común a diversas escuelas con el ánimo de medir la solidez de algunos supuestos y tesis conductistas. Intentaré hacer ver por qué otras tendencias en psicología y filosofía de la psicología son erradas y después me enfrentaré a la delicada labor de determinar algunos méritos y deméritos del conductismo.

Como medida propedéutica y profiláctica, creo que es conveniente hacer un recordatorio de ciertas distinciones básicas o elementales, procedentes de la filosofía del lenguaje y la filosofía de la ciencia, relevantes para la filosofía de la mente o de la psicología. En primer lugar, obsérvese que tiene sentido hablar de ciencia sólo si lo que se nos ofrece son explicaciones de orden causal. Independientemente de cómo se articulen las explicaciones, de si e.g. se aplica o no el modelo hipotético-deductivo, de la utilidad de la inducción, etc.; lo cierto es que, independientemente de la ciencia de que se trate, se tiene que poder rebasar el ámbito o nivel de la mera descripción, efectuada por medio del lenguaje natural. De ahí que las conexiones que se puedan establecer en ciencia deberán estar formuladas en una terminología *ad hoc*, es decir, se tendrá que recurrir a un lenguaje teórico. Además, es muy probable que, de uno u otro modo (con la posible excepción de la historia) en toda ciencia se deberá recurrir al lenguaje idóneo para las teorías, al lenguaje universal de la ciencia, esto es, la matemáticas. La más insignificante de las mediciones requiere el empleo de ecuaciones.

Esto podrá parecer trivial, pero en todo caso tiene implicaciones que distan mucho de serlo, sobre todo para las ciencias en las que, como la biología y la psicología, a menudo se ofrece explicaciones de tipo teleológico y se atribuyen estados de conciencia en toda su variedad, independientemente de cómo se intente después dar cuenta de ellos. En psicología, por ejemplo, es imposible no vérselas con los así llamados 'estados mentales'. Lo curioso, sin embargo, es que todas las nociones de índole "mental" están ya constituidas antes de que se gesticule la psicología, entendida como sea (ciencia de lo mental, del inconsciente, de la conducta,). Por consiguiente, parecería que la psicología bien orientada, esto es, la que va a generar explicaciones causales correctas, no puede ser más que aquella que se funda en una aprehensión no distorsionada de los conceptos "mentales" que brotan del lenguaje natural en uso. Dadas las relaciones entre el lenguaje natural y los "lenguajes" científicos, es evidente que la incomprensión "semántica" en el nivel fundamental inevitablemente ocasionará fracasos en el terreno de la investigación empírica. Veamos muy rápidamente un par de ejemplos.

En 1966 apareció un interesante e importante libro de Noam Chomsky intitulado *Lingüística Cartesiana*. El tema central de Chomsky en este libro es el de una propuesta de explicación de lo que llama el 'aspecto creador del lenguaje'. Supongamos que el mundo natural es totalmente determinista y que podemos predecir, dados los *data* relevantes necesarios para ello, toda clase de movimientos, incluidos los guturales, manuales, etc. No obstante, hay algo que no se deja atrapar en las redes del determinista: el lenguaje humano. En primer lugar, está el hecho de que no hay una rela-

ción uno-uno entre palabras y cosas y oraciones y situaciones, de modo que no podemos determinar causalmente al lenguaje partiendo de "lo real"; en segundo lugar, es claro que tenemos un "stock" limitado de términos y reglas y, no obstante, el número de pensamientos construibles con ellos es infinito. El lenguaje es pues, en un sentido importante, innovador y autónomo (i.e., independiente de situaciones concretas). Pero si el mundo natural y las explicaciones acerca del mundo no bastan para dar cuenta del empleo del lenguaje ¿Cómo explicar entonces su permanente expansión? ¿Cómo explicar que comprendamos combinaciones de palabras nunca antes oídas y aplicarlas a situaciones nuevas? Desde la perspectiva de Chomsky, la única explicación *posible* de estos fenómenos consiste en la postulación de todo un flujo de procesos mentales (de pensamiento) internos a la persona, concomitantes con el empleo del lenguaje y estructurados como las unidades lingüísticas. Cito a Chomsky:

En resumen, una contribución fundamental de lo que hemos estado llamando 'lingüística cartesiana' es la observación de que el lenguaje humano en su uso normal está libre del control de estímulos externos o estados internos, independientemente identificables, y no está restringido a ninguna función práctica de comunicación, en contraste, por ejemplo, con el pseudolenguaje de los animales. Así, es libre para servir como instrumento del pensamiento y de la auto-expresión libre. Las ilimitadas posibilidades del pensamiento y la imaginación se reflejan en el aspecto creador del uso del lenguaje¹.

A partir de resultados como este, de acuerdo con Chomsky, no sólo se puede inferir la existencia de otras mentes, sino también todo un programa de investigación de sus estructuras y funcionamiento.

Es obvio que hay en todo esto algo radicalmente mal y que no se le reconoce de inmediato por la sencilla razón de que el punto de partida es en verdad un fenómeno interesante y que exige ser explicado, viz., el aspecto creador del lenguaje. Vale la pena notar que no está claro si lo que Chomsky quiere es explicar el fenómeno (sorprendente) de la expansión infinita del lenguaje y para ello se ve en la necesidad de postular entidades como mentes (lo cual revela lo defectuoso de su explicación, puesto que pretende explicar algo misterioso mediante algo más misterioso aún, como lo es una pluralidad de mentes) o bien se sirve del fenómeno del aspecto creador del lenguaje para justificar su creencia en ciertas entidades llamadas 'mentes'. Pero independientemente de que 'mente' opere como un término pseudo-teórico o que apunte a un mero prejuicio, lo cierto es que Chomsky parece estar en un error fundamental, ubicable en el terreno de la comprensión primigenia de nuestros conceptos "naturales". Las consideraciones wittgensteinianas, acerca de lo que es seguir una regla, constitu-

1 N. Chomsky. *Lingüística Cartesiana*. Gredos. Madrid. (1984), p. 71.

yen un contundente ataque que echa por tierra la ilusión chomskiana (y cartesiana) de que una teoría de gramáticas generativo-transformacional *puede* explicar el uso real del lenguaje. Sin el recurso a una comunidad (sea de personas reales o de almas), el lenguaje —es ya bien sabido— no puede ni empezar a gestarse. Hay, pues, problemas con la concepción y las teorías chomskianas acerca del lenguaje, pero para nosotros lo relevante es otra cosa. Para nuestros propósitos, la cuestión es la siguiente: si la idea del lenguaje implícita en las teorías de Chomsky es incoherente ¿qué clase de concepción de la psicología podrá surgir de su innatismo? Si el concepto “estructuras mentales innatas” es incoherente (y por ende vacuo) ¿qué clase de investigación empírica podrá engendrar? ¿Para qué nos sirve estar postulando estructuras mentales ocultas si, primero, difícilmente podríamos tener criterios de identidad para mentes, y ya sabemos que “no hay entidad sin identidad” y, segundo, todo lo que se pretenda hacer pasar por descubrimiento acerca de la mente, su estructura y funcionamiento tendrá que tener una caracterización o especificación lingüística y por lo tanto de carácter público? ¿No son la mente como entidad y toda la parafernalia teórica de la gramática generativa sencillamente redundantes? ¿No es obvio, por consiguiente, que una psicología a la Chomsky tiene que dar lugar a un programa esencialmente desencaminado y a final de cuentas orientado al fracaso? No creo que haya objetos examinables, analizables o estudiados *sólo de modo indirecto. De ahí que una psicología inspirada en los escritos de Chomsky sea en el fondo una pura ilusión.*

Otra versión de mentalismo es la representada por filósofos como J. Searle. Dicho muy rápidamente, el esfuerzo de Searle está, como el de otros a la moda, dirigido a “naturalizar” lo mental. Lo que esto quiere decir es que lo mental es visto como algo genuinamente específico y absolutamente irreductible, pero a lo que se le caracteriza al mismo tiempo como un rasgo peculiar de la vida cerebral. Se supone que con el paso del tiempo y el avance en las investigaciones de la neuro-fisiología se podrá explicar ese curioso rasgo de la vida cerebral. La posición de Searle consiste en afirmar, por una parte, que “hay en verdad estados mentales intrínsecos, algunos conscientes, algunos inconscientes, algunos intencionales”²; y, por la otra, que “El mundo consiste en partículas físicas, incluyendo las diversas clases de relaciones entre ellas”³. Según Searle, estas dos tesis son compatibles y, más aún, la primera es simplemente un caso especial de la segunda. Una creencia, por ejemplo, es un estado mental consciente intencional (es *acerca de* algo) que a final de cuentas se explica única y exclusivamente por el funcionamiento neuronal.

2 S. Searle. “Intentionality and its place in nature”. *Synthese* 61. (1984), p. 10.

3 *Ibid.*, p. 10.

No estoy muy seguro de que la posición de Searle sea coherente, pero no es mi intención rebatirlo aquí punto por punto. Su posición es un tanto original, porque difiere en un punto importante de las teorías materialistas clásicas de la identidad psico-física. Aparentemente, él, si bien sigue haciendo girar lo mental en torno al cerebro, no reduce los estados mentales a los físicos. Si ello tiene sentido o no, es, repito, algo que no discutiré. Lo que me interesa es más bien intentar poner de relieve el carácter absurdo de su teoría aceptando literalmente lo que afirma. Consideremos, pues, el caso de una creencia. Una creencia es un "estado mental" específico, o sea, como un recuerdo, un estado de conciencia, sólo que con otras características. Así si se quiere saber qué es exactamente una creencia, tendremos que conocer tanto la naturaleza de los estados mentales en general como las peculiaridades de algunos de ellos, que son las que hacen que se conviertan en creencias antes que en recuerdos. ¿Cómo vamos a descubrir ese conjunto de propiedades? Examinando minuciosamente el sistema nervioso y, en particular, el comportamiento neuronal. Se supone que el estudio de las funciones del sistema nervioso (en particular de las cerebrales) es lo que podrá hacernos encontrar las características de los estados (del cerebro) que nos permitirán, primero, detectar y, segundo, llegar a producir de modo sistemático eso que llamamos el 'estado mental de creencia'. Siguiendo por esta vía, podríamos inclusive atrevernos a especular un poco y a imaginar que el desarrollo de la neurofisiología es tan fantástico que se llega al estadio en el que se generan a placer los estados de creencia y las creencias mismas que los médicos o los gobernantes consideren apropiados. Podríamos, por ejemplo, tener pastillas para hacer creer en Dios, para hacer creer que el parlamentarismo es el sistema ideal. Esto, naturalmente, es fantasía pura, pero lo importante es determinar en dónde se origina. no tenemos que ir muy lejos para ello: la debilidad de origen es una incomprensión radical de los conceptos básicos involucrados. La aplicación normal del concepto de creencia es enteramente diferente de la implícita en la concepción de Searle. Cuando decimos que alguien *cree* algo, e.g., que se le hizo tarde para llegar a la última función de teatro, cuando, conociendo el contexto de sus acciones, vemos, por ejemplo, que se apresura, que busca los boletos, que manifiesta un cierto mal humor, etc. Pero desde la perspectiva de Searle todo esto es irrelevante. De acuerdo con él, para realmente saber que una persona cree algo lo que se tiene que hacer es determinar el estado de sus neuronas. Después de todo, siempre será lógicamente posible que el agente esté actuando, fingiendo, etc. Es claro que este modo de interpretar nuestros conceptos mentales simplemente cancela la posibilidad de toda clase de psicología. Ni siquiera tendría sentido entonces hablar de procesos de inducción o reforzamiento de creencias, de

persuasión, de procesos racionales de alteración de puntos de vista, etc. Bastaría con tener la píldora adecuada. Todo esto es no sólo absurdo, sino un claro ejemplo de fracaso cognoscitivo. Lo importante para nosotros, empero, es percatarnos de que el origen de la falla está en la incompreensión de los elementos básicos para procesos cognoscitivos, i.e., los conceptos emanados del lenguaje natural.

Frente a tendencias como estas, destinadas desde su gestación al fracaso, es obvio que el conductismo está en una posición mucho más sólida. El conductismo incorpora o, mejor aún, queda en parte conformado por una intuición primordial sin duda acertada y a la vez simple: hay una conexión conceptual inquebrantable (lógica, en un sentido no formal) entre el significado de las palabras y las conductas contextualizadas de los usuarios del lenguaje. El simple reconocimiento de esta conexión salvaguarda al conductismo de errores fundamentales. No está implicado, empero, que el conductismo tenga la última palabra en todo. Antes de plantear algunas inquietudes respecto a la posibilidad de desarrollo teórico del conductismo, quisiera decir unas cuantas acerca de su naturaleza.

Tal como lo concibo, el conductismo es ante todo una ciencia social que, por sus implicaciones, rebasa el marco de una ciencia del comportamiento meramente orgánico e individual (por más que en sus inicios en eso haya consistido). El conductismo, en tanto que escuela de pensamiento en psicología, se ocupa del individuo que es, por razones que no sería difícil proporcionar, esencialmente un ser social. Luego el conductismo se encuentra ubicado, en el mapa del conocimiento, entre la biología y la teoría social, sin ser reducible a ninguna otra ciencia y en una posición ideal para enriquecerse con los resultados de ellas. La necesidad de introducir una noción como, por ejemplo, la de campo-interconductual muestra que el conductismo es una escuela viva, puesto que evoluciona y evoluciona de modo fructífero en la dirección correcta. El desarrollo del conductismo dependerá, precisamente, de la integración, en su seno, de resultados de las ciencias adyacentes y la capacidad de sus propugnadores para articular o construir los conceptos requeridos, el instrumental conceptual adecuado que permitirá la elaboración de teorías y todo lo que ello acarrea (métodos de investigación, de experimentación, contrastación, etc.) es lo que a su vez permitirá generar las explicaciones causales que estamos buscando. A diferencia de lo que sucede con las teorías de psicología y en las que estos éxitos potenciales están, por razones ya esbozadas, vedados *a priori*, el conductismo no parece enfrentarse todavía a obstáculos de principio.

Podría objetarse, empero, que no se sigue que todo esté bien en el conductismo y menos aún que las explicaciones que pueda generar sean o puedan llegar a ser una explicación total de los fenómenos psicológicos. Es

seguro que también el conductismo tiene sus límites, tanto explicativos como experimentales, y sería saludable entender cuáles son éstos. Como "objeción" meramente formal, no hay nada que rebatir. Está sugerida, sin embargo, una línea de argumentación que toca un asunto básico o radical acerca del cual desearía pronunciarme. Debo decir desde ahora que no creo se trate de una crítica insalvable. Antes, empero, quisiera hacer una observación crítica referente al modo de hablar de los conductistas.

No estará de más hacer notar que los esfuerzos por explicar absolutamente todo en términos de conducta no puede tener como resultado más que una trivialización de la noción de conducta. El slogan "todo es conducta" ejemplifica un error que de hecho había estado ausente en el conductismo, a saber, la infidelidad frente a las nociones emanadas del lenguaje natural. La importancia de la noción de la conducta reside en parte en que permite marcar un contraste. Hay fenómenos psicológicos que pueden y deben ser vistos como conducta, y una taxonomía para estos efectos es fundamental. pero no todo fenómeno psicológico es conducta, a menos, repito, de que trivialicemos la noción. De nada sirve, por otra parte, que maticemos el concepto de conducta para los casos-problema (e.g., soliloquio interno, post-imágenes, etc.) hablando de e.g. conducta potencial, porque entonces nos veremos envueltos en problemas con la noción de potencia, noción sin duda sugerente y respetable pero ya expulsada de la ciencia. La noción de potencia podría eventualmente ser de alguna utilidad si se le "lingüística", esto es, si se le interpreta como remitiendo a algunas propiedades o capacidades del lenguaje, pero no si se le "metafisiza", que es como habría que hacerlo en este caso. Es claro que la noción de potencia se aplicaría para permitirnos decir que algo tiene ciertas propiedades que están allí, sólo que no actualizadas. Esto, sin embargo, es un modo inútil de expresarse en la ciencia contemporánea o actual. Lo primero, por lo tanto, que habría que reconocer, es que el conductismo no puede tener como objetivo el convertirse en una fuente de explicación para *todo* fenómeno psicológico. Preguntémonos entonces: ¿qué es lo que se supone que escapa en principio a las explicaciones conductistas?

Es incuestionable que hay múltiples fenómenos conscientes que pueden perfectamente ser estudiados por los conductistas. En general, todos los procesos y estados atribuidos a otros caen en el campo de estudio del conductismo. La atribución a alguien de creencias, estados de melancolía o desesperación, deseos, ambiciones, etc. apunta a fenómenos que requieren, para ser comprendidos, no el que uno se adentre en el sistema nervioso del individuo, sino que se observe la conducta contextualizada y significativa, es decir, no puramente mecánica, del sujeto en cuestión. Si lo que se desea es, por ejemplo, reforzar una creencia, no se necesitará hacer

la píldora correspondiente, sino “simplemente” someter al individuo a los estímulos conducentes en las dosis que sólo la empirie puede enseñar que son apropiadas. Esto que ignoran los cognoscitivistas más sutiles y refinados, lo sabe bien cualquier productor de anuncios de televisión . Ahora bien, esta vía no parece llevar a ningún lado. Se puede argumentar que hay, en efecto, un sentido en que creer es conducta de creer, pero que hay otro en el que ciertamente no lo es. En la medida en que el lenguaje mismo establece esta simetría entre la primera y la tercera persona, se tiene que reconocer que nuestros conceptos no tienen el carácter unitario que habríamos tal vez deseado y que son más complejos de lo que en un principio habríamos imaginado. Es claro, no obstante, que hay conexiones semánticas entre las atribuciones en primera y tercera persona. Siempre que hablamos de tener hambre, dolor, imágenes, etc. hablamos de *una y la misma cosa*, sólo que los conceptos involucrados *operan* de modo distinto según la clase de atribución de que se trate. No es, pues, evidente que se tengan que efectuar reducciones, de la índole que sean. Por lo pronto, sabemos que el conductismo permite dar cuenta de modo aceptable de los fenómenos psicológicos recogidos en los usos de verbos psicológicos en tercera persona. Lo que queda por determinar es si puede dar cuenta de los mismos fenómenos psicológicos expresados en primera persona. Para intentar decir algo al respecto, habrá que efectuar un pequeño ejercicio filosófico. Cuando yo digo ‘me duele la muela’, y alguien dice refiriéndose a mí ‘le duele la muela’, tenemos que estar diciendo lo mismo, si es que nos referimos a lo mismo, a saber, el dolor de muelas de una persona concreta, sólo que lo hacemos sobre bases diferentes. El factor perturbador es el hecho de que la manera como las dos proposiciones quedan verificadas es distinta, lo cual sugiere que algún cambio en el significado debió haberse producido. Si en verdad se produjo algún cambio, entonces sí se podrá afirmar que hay efectivamente un sector no común de realidad psicológica referido por las proposiciones en primera y tercera persona y que es *éso* lo que necesariamente escapa al enfoque y estudios conductistas. La pregunta crucial es entonces ¿existe realmente dicho “sector”? Parecería más bien que no puede haberlo, porque entonces sería imposible dar cuenta de la comunicación y desembocaríamos en inaceptables situaciones de misterio (“Hay algo incomunicable”, “hay algo que sólo cada quien en su propio caso comprende”, etc.). La verdad que se impone es más bien la de que el material crudo o bruto de la experiencia, si existe, es irrelevante para la comunicación. El lenguaje público no versa sobre éso. No es, por lo tanto, estudiable, no sólo por el conductismo, sino por ninguna rama de la psicología o, más en general, de la ciencia. Pero entonces no hay a quién acusar.

Apliquemos en un caso concreto lo que estamos diciendo. Supongamos que nos interesa el fenómeno de ver. Las atribuciones de visión en tercera persona, de acuerdo con lo que he dicho, son en principio perfectamente medibles, analizables, predecibles, es decir, corroborables y verificables. Es, gracias a que nuestro concepto de ver es público, que podemos en principio explicar por qué la persona en cuestión ve lo que ve cuando hay algo que ver, como sucede con espejismos, ilusiones. Esto, naturalmente, vale también en el caso de las respectivas negaciones. Ahora bien, la dificultad consiste en que nosotros, los hablantes, sentimos la necesidad de decir algo más, esto es, que hay algo en el fenómeno de ver, examinado por el científico que ha sido ignorado. Eso que le pasa al sujeto cuando decimos que ve algo y que queda recogido sólo por la expresión 'yo veo' usado por el sujeto es "lo subjetivo" de la experiencia y sería precisamente *éso* lo que una y otra vez se nos escaparía de las manos o, mejor dicho, del lenguaje y, por consiguiente, de la ciencia (en especial de la ciencia de la conducta). Lo subjetivo, se argumenta, es efectivamente incompañable e inexpresable, pero no por ello menos real y que si pudiera convertirse en objeto de estudio para alguna ciencia esta no podría ser otra que la psicología. Si esto fuera correcto, se estaría demostrando que el conductismo no puede ser totalmente correcto. Esto suena razonable, pero debo decir que no creo que el mentalista haya logrado su cometido. Obsérvese, primero que si por 'real' el anti-conductista quiere decir 'objetivo', entonces lo que está diciendo es que lo subjetivo es objetivo, lo cual no parece tener mayor sentido. Por otra parte, nótese que "subjetivo" es un concepto que brota del empleo de la palabra 'subjetivo' en el lenguaje natural y es, por ello, perfectamente inteligible para todo usuario normal del lenguaje. El concepto "subjetivo" no es incompañable para los hablantes. Además, empleamos dicha noción de diversa manera. Por ejemplo, decimos de alguien que su punto de vista es "sumamente subjetivo", y lo que queremos decir es que los argumentos que esgrime no convencen a nadie, a pesar de lo cual sigue haciendo o diciendo que su posición no está mínimamente justificada. Pero entonces es claro que inclusive "subjetivo" quedó conformado en relación con situaciones objetivas y actitudes y prácticas (conducta) determinadas. Si hay algo enteramente privado, propio, único en la vida mental, ese algo es incognoscible para todos e incompañable e inaccesible para su supuesto poseedor.

Ahora bien, a mí me parece que sí hay algo único e incompañable, sólo que ese algo es inexpresable y se muestra. Me refiero al papel del hablante como centro del lenguaje cada vez que toma la palabra. Así, lo que estaría faltando en las explicaciones conductistas sería precisamente eso que podemos llamar 'el punto de vista'. Es la colocación como sujetos-ha-

blantes, nuestras respectivas coordenadas en el lenguaje, lo que determina la perspectiva de cada uno de nosotros y lo que es incompatible y único. Pero es claro que *éso no* es una experiencia y que si *éso* es a lo que se alude cuando se dice que algo es ignorado, no se ha dejado escapar ningún objeto de estudio para la ciencia y, por consiguiente, no puede haber rama alguna de la psicología que lo estudie.

Pero ¿no constituye la mera aceptación de este “datum” fundamental una refutación de principio del conductismo? Yo creo que no y ello por las tres razones siguientes.

- 1) No hay ciencia posible que estudie dicho “hecho”. No puede entonces decirse nada en contra del conductismo, porque ello valdría por igual para cualquier otra teoría o escuela.
- 2) Ese dato (el “punto de vista”) vale por igual para todas las ciencias, disciplinas, estudios. Es, por lo tanto, neutral frente al conductismo, y
- 3) No veo que haya un argumento *a priori* que muestre que el conductismo no podría integrar en sus resultados las implicaciones del “hecho” mencionado. La experiencia emanada desde un punto de vista particular debe poder integrar (ser interpretada por) los resultados de cualquier investigación empírica. *A fortiori*, debe poder asimilar los resultados conductistas.

Quisiera, para terminar, decir unas cuantas palabras acerca de otro asunto vinculado estrechamente con lo que hasta aquí hemos dicho, fuente de innumerables confusiones. A menudo, los problemas que plantea el avance de la investigación científica no son “técnicos” o internos a ella, sino de comprensión y de confusión conceptual. Este por lo menos parece ser el caso de lo que acontece en relación con los así llamados ‘estado mentales’. No debemos olvidar que la plataforma común a todos es el lenguaje natural. Con la introducción de términos teóricos en las diversas ciencias, se construyen nuevos conceptos, seleccionando por razones de conveniencia experimental y teórica uno o varios rasgos de concepto original y desdeñando otros. Consideremos, pues, un caso particular. Tomemos el concepto de creencia: los usuarios normales del lenguaje tienen todos el mismo concepto básico; el conductista, sobre la base de dicho concepto, intentará paulatinamente elaborar un concepto técnico de creencia y apelará para ello a las notas del concepto original que lo vinculan con la conducta contextualizada. Por otra parte, es innegable que también el neuro-fisiólogo tendrá algo que decir en relación con la creencia *qua* fenómeno, sólo que no le interesará la conducta, sino que considerará como relevantes las notas de la noción de creencia que se vinculan con los fenómenos propios de la clase de investigación que desarrolla. Aunque originalmente el con-

cepto de creencia no fue elaborado en conexión con las actividades cerebrales, potencialmente está con ellas relacionado, puesto que es evidente que, por ejemplo, la mutilación de algunas zonas del cerebro (del hipotálamo, por ejemplo) puede tener como efecto el que una persona no pueda, verbigracia, tener miedo, en el sentido de tener creencias acerca de peligros, amenazas, aniquilamiento. Luego la investigación cerebral sí está de hecho conectada con la conducta, sólo que de modo, por así llamarlo, 'opaco'. Ahora bien, es importante notar que los conceptos conductista y neuro-fisiológico de creencia, emanaron de un mismo concepto de creencia, pero son no obstante diferentes, y es por eso que cuando el fisiólogo y el conductista hablan de creencias hablan de cosas distintas. En otras palabras, la referencia de sus conceptos es distinta en cada caso. No se están, por lo tanto, contradiciendo. Los resultados de la aplicación del concepto médico y los resultados del uso del concepto psicológico son más bien complementarios y de hecho contribuyen a que se enriquezca el concepto del cual surgieron y con el cual están indisolublemente ligados. Son como la teoría ondulatoria y corpuscular de la luz: sirven para explicar diferentes clases de fenómenos relacionados con la luz, esto es, con eso que el sol da, los focos producen. En el caso de los conceptos psicológicos, lo importante es, primero, ver con claridad en dónde se separan los nuevos conceptos del "concepto-madre", i.e., el que brota del lenguaje natural, y, segundo, determinar los vínculos teóricos que unen a los nuevos conceptos, i.e., a los conceptos técnicos de las diversas ciencias. Ahora bien, si esto que he dicho es acertado, entonces podemos darnos una idea de la riqueza virtual del conductismo, porque la formación misma de los nuevos conceptos habrá necesariamente de efectuarse sobre la base de observaciones (cargadas esta vez de teoría) y de la interacción lingüística y experimental de los especialistas. De ahí que con un aparato conceptual sofisticado y habiéndose acostumbrado a las sutilezas propias del quehacer filosófico, el conductismo, como escuela en psicología y como parte de una sana filosofía de la ciencia, parece estar asegurado. Esto lo afirmo, desde luego, con las reservas que amerita el rechazo consciente de un fácil y auto-justificatorio dogmatismo.